

BELARMINO

Doy gracias al señor director de *El Mensajero* por el honor que me ha dispensado, pidiéndome unas líneas en elogio del cardenal Belarmino, recién inscrito por la Iglesia en el catálogo de los bienaventurados. Grata me será la tarea, porque el egregio jesuita siempre ha ocupado lugar de preferencia en mi mente y en mi corazón.

Antes de salir de la adolescencia y de pisar los umbrales de la sagrada teología, cuando adelantaba estudios religiosos bajo la dirección del hombre bueno que fue mi padre, mi maestro y el único amigo de mi juventud, despertaban mi admiración y afecto dos varones, separados entre sí por casi tres centurias: el cardenal Roberto Belarmino y el conde José de Maistre. Sin conocer aún los escritos del primero, no habiendo leído sino uno de los libros del segundo, entendía que ambos habían sido bizarros defensores de la Santa Sede romana, abanderados del Papa, representantes de lo que católicos a medias llamaban *ultramontanismo*, y que no es sino la profesión de la fe, como la reveló Jesucristo, como la ha enseñado siempre la Iglesia.

Los dos escritores vinieron al mundo en épocas de casi universal apostasía y cuando muchos fieles amedrentados buscaban atenuaciones a la confesión de sus creencias. Y se levantaron solos, en medio de los ataques de propios y extraños, a proclamar la verdad entera, sin temor, sin humanos respetos.

Aquí paran las semejanzas. Belarmino, sacerdote, religioso, obispo, príncipe de la Iglesia, busca sus armas en el arsenal de la ciencia sagrada, dedica la mayor parte de sus obras a la consulta y mejor instrucción de los doctos, y las escribe en lengua latina, con noble

estilo y correcta dicción, pero sin pretensiones literarias. De Maistre, seglar, jurisconsulto, hombre de estado y diplomático de carrera, emplea argumentos filosóficos, pone sus libros al alcance de todas las personas educadas, se expresa con insuperada elocuencia y es uno de los modelos de la literatura francesa.

En ocasiones, para combatir las falsas doctrinas, se extrema en la exposición de la verdad; no marca el lindero entre el dogma y las opiniones permitidas, y, al arremeter al adversario, hiere por igual los errores y a los que tienen la desgracia de profesarlos. El cardenal, por el contrario, nunca rebasa los límites debidos, distingue cuidadoso las enseñanzas de la fe y los dictámenes meramente probables, y observa la bella máxima de san Agustín: «*Parcite homines, interficite errores; perdonad a los hombres, dad muerte a los errores.*»

En Belarmino se puede considerar al hombre, al teólogo y al santo.

Primeramente al hombre. La gracia sobrenatural es—hablando en lenguaje teológico—un accidente, que tiene por sujeto a las criaturas dotadas de inteligencia y libertad, y no les destruye la naturaleza, sino la eleva y perfecciona. Así como un hábil artífice borda con hilo de oro sobre la seda o el lino, sin por eso inmutar la estructura de la tela, sino antes dándole mayor resistencia y duración, así Dios pone las virtudes en las almas, no sólo conservando sino acentuando la individualidad de las personas. Los dibujos, en el ejemplo propuesto, ofrecen aspectos diferentes, según la trama y colores del fondo; y los santos, semejantes todos entre sí por el amor a Dios y la propia renuncia, difieren unos de otros, en razón de sus condiciones naturales. Por tal motivo los agiógrafos modernos, los franceses sobre todo, nos presentan el lado humano de sus héroes, facilitan la tarea de imitarlos, y nos hacen conocer a

san Agustín y a san Bernardo, santo Domingo y san Francisco, santa Isabel de Hungría y santa Juana de Chantal, como nos son familiares las figuras de Catón y Petronio, en la lectura de Suetonio y de Tácito.

Todo hombre viene a este mundo con el sello imborrable de su nación y su época. Roberto Belarmino nació en Toscana, madre fecunda de las artes (1), y vivió en el siglo XVI, que fue mezcla portentosa de luz y de tinieblas, de virtudes y pecado, de terribles dolores y gloriosos triunfos para la Iglesia de Cristo. Y la infancia del futuro jesuíta se meció en cuna de marfil (2). Nunca he creído que el descender de ilustre prosapia le agregue méritos a nadie. Toda familia noble empezó por un plebeyo, elevado por sus talentos y servicios, cuando no por un crimen. Cierto es que en fuerza de las leyes del atavismo y la herencia, el niño trae en germen las prendas laudables de sus mayores; pero hemos visto tantas decadencias y ruinas. Mas tratándose de quien abraza la vida religiosa, la elevada posición social es circunstancia digna de mencionarse, porque hace la renunciación más meritoria.

Lo primero que se advierte en la vida del futuro jesuíta es su precocidad intelectual. Y lo admirable es que no se agotara al llegar a la juventud, como se secan los árboles que fructifican antes del completo crecimiento. A la edad de cinco años, en el estrado de su casa, invertía un asiento, y lo cubría con un paño por delante, para convertirlo en púlpito; y predicaba ante sus padres y hermanos que lo oían embelesados, sobre la pasión de Jesucristo, con pasmosa facilidad y abundancia de palabra. De quince años, en el colegio de los jesuítas,

(1) En Monte Pulciano—4 de octubre de 1542.

(2) Su padre, Vicente, fue uno de los magistrados más ilustres de la república de Florencia; su madre, Cintia Cervini, era hermana del papa Marcelo II.

conocía los principales clásicos griegos y latinos, desafiaba a público certamen a los alumnos de otras escuelas adversas a la Compañía, y los reducía al silencio; componía sobre asuntos religiosos poemas cortos, en hexámetros latinos de corte y vocabulario virgiliano.

Grande era el poder de asimilación que le hacía comprender rápidamente las enseñanzas de maestros y de libros, y prodigiosa su memoria, que jamás olvidó cosa alguna que hubiera aprendido; e increíble su consagración a los estudios, que le robaban todas las horas del día y la mitad de las de la noche. En Belarmino falla la falsa máxima, admitida aún por gentes ilustradas, de que los estudiantes de más memoria no son los más inteligentes, y los de mayor talento no sobresalen por su aplicación. Una dilatada experiencia me ha persuadido de la regla contraria, que naturalmente tiene excepciones. Las potencias del alma son buenas hermanas, que se auxilian y completan mutuamente.

Pertenece Belarmino, por su formación intelectual, al Renacimiento. Es sabido que este retorno a la antigüedad clásica produjo dos corrientes de ideas, paralelas al principio, confundidas en ocasiones por breve espacio, y que finalmente se apartaron por entero, tomando direcciones contrarias. Hubo un renacimiento pagano y un renacimiento católico. El primero negaba o alteraba más o menos los dogmas revelados, despreciaba la filosofía cristiana; atacaba, ya con sofismas, ya con burlas, al papa, al clero, a las órdenes religiosas, y glorificaba las más degradantes pasiones de la naturaleza caída. El iniciador de esta tendencia fue Bocaccio, a quien siguieron Valla, Becadelli, Poggio y tantos otros. El renacimiento cristiano empleó el estudio de las lenguas antiguas para aclarar y defender las santas Escrituras; la filosofía griega, para propugnar las verdades de la fe; las elegantes formas clásicas, para embellecer

la literatura eclesiástica; la imitación del arte antiguo, para producir basílicas como san Pedro, estatuas como la *Pietà*, pinturas como la Virgen de Foligno, poemas como la de Jerusalém libertada. Tuvo esta escuela por iniciador a Petrarca; recibió vida perenne del gran papa Nicolás V, y contó entre sus primeros discípulos a Marnetti, Traversari, Vegio, da Feltre, etc. Un siglo después san Ignacio de Loyola quiso que su Compañía se pusiese a la cabeza del movimiento clásico-cristiano, y los jesuitas han cumplido siempre a maravilla el encargo de su fundador.

Belarmino no sólo adquirió conocimiento perfecto de las literaturas griega y latina, sino también el de la lengua hebrea, tan útil para la recta inteligencia de la sagrada Biblia. De las poesías, flores de la primavera de su vida, que se abrieron lozanas en espera de los fecundos frutos estivales, sólo nos quedan dos himnos: uno al Espíritu Santo y el de santa María Magdalena, inserto en el Breviario y que comienza: *Pater superni luminis*. Las demás fueron destruidas por su autor. ¿Pensó, como Virgilio de su Eneida, que aquellos poemas juveniles eran indignos de leerse y conservarse? ¿O tuvo escrúpulo de haber empleado algunas horas de su vida en tarea que él reputaba fútil?

Alcanzó en vida reputación de orador sagrado elocuentísimo. A los comienzos de su vida sacerdotal, preparaba por escrito los sermones muy de antemano, exornándolos de citas, frases, imágenes sacadas de los grandes autores, en especial de Cicerón y Virgilio. Un día, por obediencia, tuvo que predicar con preparación de pocas horas, y supo con sorpresa que la plática había conmovido de un modo inusitado a los oyentes. Determinó prescindir en lo sucesivo de los atavíos profanos, que sólo sirven para halagar los oídos del que escucha y fomentar la vanidad en el que habla. No soy capaz

de juzgar los sermones de Belarmino en el punto de vista artístico. La elocuencia es una hoguera que ilumina y deslumbra, que enardece hasta el delirio los afectos, que inflama las voluntades. Aquella luz, aquel calor, a penas se perciben a través del espacio y del tiempo. Pero es lo cierto que la oratoria sagrada tiene por fin enseñar, persuadir, santificar a los hombres y que pocos predicadores consiguieron frutos tan copiosos como el insigne jesuita de quien vengo tratando en estas descosidas líneas.

Su desarrollo físico no corrió parejas con el intelectual y el moral. Muy corto de estatura, delgado de complexión, pálido de color, conservó hasta la edad madura un aspecto infantil, que dio origen a graciosas equivocaciones. Algunos que no lo conocían lo saludaban de *fiatino*, hermanito, creyéndolo un simple novicio; y un grave religioso que deseaba tratarle un asunto de importancia le rogaba que le llevase a la presencia del padre Belarmino.

Jamás, en su vida, disfrutó de salud completa; creyóse varias veces que, por esta razón, tendría que dejar los estudios y, a poco de ingresar al noviciado, decían los jesuitas que aquel joven no le llevaba a la Compañía sino el ejemplo de una santa muerte. Y vivió muy cerca de ochenta años, dedicados a una labor bastante a rendir en poco tiempo al hombre más robusto.

A pesar de su complexión enfermiza, nunca fue tímido, ni retraído, ni melancólico. Como tenía linda voz y oído musical, de muchacho era muy aficionado al canto; gustaba de juegos de agilidad y de fuerza al aire libre y fue grande amigo de la caza. Tan atractivo y ameno era su trato, que sus camaradas lo preferían a otros esparcimientos; y eso que, en presencia del piadoso joven, no podían pronunciar una palabra que ofendiera la caridad o el recato.

* * *

Hasta aquí he tratado del hombre; voy a decir algo sobre el teólogo, procurando ser lo menos enfadoso posible para los lectores y lectoras de *El Mensajero*.

Las ciencias físicas y matemáticas tienen un campo vastísimo que se va ensanchando de día en día, pero que, por amplio que se le suponga tiene un límite. En él comienza el imperio de la filosofía, la cual no estudia cada ser en particular, sino todos universalmente considerados; no investiga las leyes del mundo, sino la constitución de donde ellas dimanen; no busca las causas inmediatas sino las supremas, hasta llegar a la más alta de todas, que es el Creador del universo.

Mas la filosofía se detiene en cierto punto. Entonces la razón humana solicita el auxilio de la revelación sobrenatural, como el ojo el del telescopio, para sondear las profundidades celestes. Pudiérase aclarar esta doctrina con un ejemplo o semejanza material. La física es el viajero que recorre una llanura paso a paso, contemplando cada objeto que se le ofrece a la vista; la filosofía es el que mira la planicie desde una elevada montaña: la teología es el aeronauta que, de lo alto del firmamento, ve a sus pies, como en un mapa de relieve, los valles y los montes, y las sublimes alturas coronadas de nieves perpetuas.

La teología sagrada es una verdadera ciencia, reina y señora de todas las demás. Porque se funda en principios evidentes a la razón, llamados *lugares teológicos*; de ellos deriva conclusiones legítimas; tiene un solo objeto que es Dios, en sí mismo y en sus obras, y procede por un método en que la síntesis y el análisis se combinan.

Sus oficios son exponer los dogmas, conforme a la Escritura y a la Tradición y como los enseña el ma-

gisterio infalible de la Iglesia, demostrarlos con pruebas de autoridad y de razón, patentizar que aunque superiores a esta última, en nada se oponen a ella, y refutar las doctrinas y argumentos de los adversarios.

La teología, después de haber llegado al apogeo en el siglo XIII, sobre todo en las obras del Angélico Doctor, sufrió un eclipse parcial y no volvió a producir Tomases y Buenaventuras, Durandos y Escotos. En el XVI salió de la penumbra y brilló con el nuevo fulgor que le comunicaban los descubrimientos científicos, el estudio de las lenguas, el fecundo procedimiento histórico, la prosa correcta y elegante. Los teólogos de entonces son una constelación, en la cual esplenden como astros de primera magnitud, los españoles: los dominicos Victoria, Soto y Melchor Cano, los jesuitas Suárez, Toledo y Lugo. Y a par de ellos, el beato Roberto Belarmino, no inferior a los demás como sabio, superior a todos como santo.

Su magna obra son las *Controversias* contra los protestantes. El papa Gregorio XIII acababa de fundar, en 1577, en el colegio romano, una cátedra especial para refutar los errores de entonces, y los superiores de la Compañía destinaron al padre Belarmino para tan delicado cargo. El libro que hoy poseemos es el resumen, escrito por el catedrático mismo, de las lecciones orales que dictó durante varios años. Como un análisis de esta obra estaría aquí fuera de lugar, me contentaré con transcribir algunos de los juicios que formaron acerca de ella los varones más insignes de la época. San Francisco de Sales, cuando partió a la misión de Chablais, en que convirtió setenta y dos mil calvinistas, no llevó consigo más libros que la Biblia y las *Controversias* de Belarmino. «El cardenal, decía Benedicto XIV, merece el nombre de martillo de los herejes, cuyos errores ha confundido en sus escritos.» «Desde la época de Jesu-

cristo hasta nuestros días, no se ha visto en su género, ninguna obra semejante,» afirmaba Cornelio a Lápide. Y el cardenal Scaglia: «Se puede decir de Belarmino lo que san Agustín de san Jerónimo: que había leído todos los autores.» El gran Baronio se expresa así: «La Iglesia posee en este libro incomparable una fortaleza como la de David: penden de ella mil escudos y todas las armaduras de los valientes.»

Pero mejor que los elogios de los amigos, dan testimonio del mérito de una obra los ataques de los enemigos. El célebre catedrático protestante David Pareo inauguró su curso de teología en Heidelberg, el año de 1600, anunciando que lo emplearía íntegro en combatir a Belarmino, el nuevo Goliath, guardián de la fortaleza del papismo. Y fue más allá, fundando un colegio con este título: *Collegio Antibellarminianum*; en tanto que la reina Isabel de Inglaterra creaba una cátedra con el mismo fin. Sucedió entonces que muchos estudiantes de buena fe, al comparar los argumentos de Belarmino con los de su contrario, se convirtieron al catolicismo. Isabel, exasperada, prohibió, bajo pena de muerte, la lectura de las *Controversias* de aquel «hijo del diablo.» La abstinencia avivó el apetito, y el libro vedado circulaba a escondidas entre letrados y estudiantes, y se multiplicaban las conversiones. «Este jesuíta, decía un librero anglicano de Londres, me ha producido más dinero que todos los doctores juntos.» Teodoro de Beza exclamó un día, dando un golpe sobre las *Controversias*. «Este libro nos ha perdido: *Hic liber nos perdidit.*»

En la obra de que vengo tratando, se demuestra la infalibilidad del romano pontífice y se refuta el error de la inferioridad del papa respecto a los concilios. Estas tesis fueron posteriormente definidas como de fe por el Sínodo ecuménico del Vaticano. Los capítulos de las *Controversias* sobre tales asuntos y otros sobre la au-

toridad papal en materias temporales atrajeron, primero contra la persona, después contra la memoria de Belarmino, el odio y las persecuciones de varios teólogos de la escuela galicana. Así como en el siglo IV se llamaba la fe católica «fe del obispo Atanasio,» así, en el siglo XVI se apellidaba «doctrina del cardenal Belarmino.» ¡Qué gloria la del hombre que personifica en una época el dogma revelado!

La falta de espacio y el temor de fatigar a los lectores me obligan a no estudiar, ni enumerar siquiera las demás obras admirables del beato cardenal. Pero no podría, sin ingratitud, callar el nombre del *Comentario sobre los Salmos*, superior, a mi juicio, a cuantos posteriormente se han escrito, libro tan sabio como piadoso, que junto con el breviario y la *Imitación de Cristo*, conservo siempre al alcance de mi mano.

Belarmino ha sido beatificado por el vicario de Cristo; después recibirá, Dios mediante, los honores de la canonización, y el corazón me dice que será declarado doctor de la Iglesia universal, al lado de san Francisco de Sales y de san Alfonso de Liguorio.

Ya es tiempo, para concluir, de considerar a Belarmino como santo. Recordaré ante todo que fue el director espiritual de san Luis Gonzaga, amigo de san Felipe Neri, oráculo de san Francisco de Sales, consejero de san Pío V.

La palabra *santo* tomada como sustantivo, tiene dos significados diferentes. En el sentido lato, se aplica a todo hombre que se halla en estado de gracia, al que cumple los mandamientos divinos, evitando el pecado mortal; en sentido estricto, al que no contento con obedecer los preceptos, observa dentro de su estado y condición, los consejos evangélicos y practica en grado heroico todas las virtudes. Dios exige de todos los hombres el primer modo de santidad; concede el se-

gundo a algunas almas privilegiadas. Graves teólogos piensan que esta es una de las maneras de entender la sentencia del Salvador: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos.» Sólo estos últimos son elevados a la dignidad de los altares. De otro modo se canonizarían todos los niños bautizados y que han muerto antes de tener uso de razón.

Algunos santos, glorificados por la Iglesia, han seguido vías absolutamente extraordinarias. Por esos senderos no les es lícito transitar a los cristianos, sin especial inspiración y gracia de lo alto. La soledad de san Pablo, el ermitaño; la vida de san Simeón el estilista, en lo alto de una estrecha columna; la penitencia corporal de san Pedro de Alcántara, la mendicidad de san Benito Labre son más para admirar que para imitar. Otros han ido por el camino real ya acostumbrado; en ellos lo pasmoso no son tanto las obras, cuanto la perfección con que las han cumplido. Tales fueron un san Fernando de Castilla y un san Isidro Labrador, un san Juan Berchmans y un san Francisco de Sales. A esta segunda categoría pertenece el beato Roberto Belarmino: jesuita, cardenal de la Iglesia romana, por algún tiempo arzobispo de Capua, sus tareas fueron el estudio y la enseñanza, la predicación y la pluma, el gobierno y el consejo. Pero de qué manera!

Heroico es un mancebo noble, dotado de altas cualidades, con la perspectiva próxima de opulencia, honores y placeres, al despreciarlo todo para abrazar la vida religiosa, y elegir la Compañía de Jesús, por atractivo hacia el voto que en ella se hace de no pretender ni aceptar dignidades eclesiásticas. Heroico que un hombre de salud perpetuamente quebrantada se eche encima el trabajo intelectual más duro, sin concederse nunca una semana de vacación, una hora de descanso. Admirable que un religioso, revestido por especial man-

dato pontificio, de la púrpura romana, observe en su palacio la pobreza, la humildad y la obediencia con más rigor que cuando moraba en el claustro; que, encargado de gobernar en colegios y universidades, en una diócesis, en las congregaciones cardenalcias, no se enfade jamás ni dé la mínima muestra de impaciencia. ¿No es extraordinario el varón que, rodeado por una parte de enconados y procaces enemigos, por otra de las más subidas alabanzas, ni se amilana y aflige con los vituperios, ni se envanece y alegra con los elogios? Y agréguese que ni las fatigas ni los combates le impidieron una sola vez en su vida la observancia de todas las prácticas piadosas, sin dejarse dominar en ellas de la rutina, del tedio, del cansancio ni de las distracciones.

Asombra que el más acerado y temible de los polemistas no faltase jamás a la caridad con los adversarios de la fe, que eran sus propios enemigos. Y otra cosa más. Combatido de un lado por los galicanos, a causa de las prerrogativas que le reconocía al sumo pontífice; de otro lado por algunos teólogos romanos que creían mermados los derechos de la Santa Sede, se mantuvo modesta pero firmemente en su doctrina, fiel a la máxima de santo Tomás de que la verdad se halla en el justo medio entre contrarios errores (1).

Agréguese que Belarmino, consejero de los papas, insigne por su prudencia y perspicacia para los negocios eclesiásticos, sapientísimo como superior, conservaba en los demás asuntos la simplicidad e inexperiencia de un niño pequeñito. Pero su gloria máxima es

(1) Se ha escrito que el autor de estas líneas enseña que la verdad está en el término medio entre las doctrinas contrarias. No en el *término medio*, sino en el *justo medio*; no entre *doctrinas* contrarias, que pueden ser una verdadera y otra falsa como lo enseña la lógica, sino entre contrarios *errores*.

la de haber guardado hasta la muerte, sin mancha de culpa mortal, la cándida vestidura de la inocencia que recibió en el bautismo. Y practicaba las más austeras penitencias, como si fuera un gran pecador arrepentido.

Conviene poner aquí algunos episodios de su vida, para justificar el anterior elogio y para edificación de los lectores.

A la muerte de san Juan Berchmans, el rector del Colegio Inglés le refirió a Belarmino que en un cuadernito en que el angélico joven escribía sus íntimos pensamientos, se leían estas palabras: «Gracias a Dios, jamás he cometido voluntariamente un pecado venial.» Reflexionó el cardenal unos momentos y, con la ingenuidad que lo distinguía, repuso:

—Y ¿quién querría cometer voluntariamente un pecado venial? En cuanto a mí no recuerdo haber hecho nunca semejante cosa.

Un instante después agregó:

—Cuando digo *voluntariamente* quiero significar *de intento, con propósito deliberado*.

Apenas supo que se trataba de crearlo cardenal, agotó los medios a su alcance para rehuir la temida dignidad, y tan sólo cuando Clemente VIII se lo mandó por santa obediencia y bajo pena de pecado, inclinó humildemente la cabeza. El cardenalato gozaba en aquellos tiempos de rentas muy pingües, y los parientes de Belarmino se forjaron la ilusión de enriquecerse con los caudales del nuevo príncipe de la Iglesia. Por largos meses lo asediaron con ruegos, instancias, importunidades que habrían acabado con la paciencia de cualquier otro hombre o lo habrían obligado a ceder de su propósito. Les contestaba mansamente:

—Si alguna vez os viere en grave necesidad, tendré la mayor satisfacción en socorberos; pero no penséis en que yo os mejore de fortuna, porque los emo-

lumentos que recibo pertenecen a la Iglesia y a los pobres.

No aceptaba regalos. En los veintidós años que vivió de cardenal, no tuvo sino un solo vestido de ceremonia; con él se recibió en el Sacro Colegio, y con él lo sepultaron. Sus demás ropas eran de telas ordinarias y pobres, modesto el mueblaje de su casa, y el de su aposento era igual al que usaba en el colegio de los jesuitas.

Hasta su muerte ayunó íntegros la cuaresma y el adviento y tres días a la semana en los restantes meses del año. Porque, como él decía, el fariseo del Evangelio ayunaba dos veces de uno a otro sábado, y es justo que el cristiano haga algo más por penitencia que el hipócrita por ostentación. En los calores del verano —ya está dicho que el cardenal no salía a vacaciones— se le llenaba el cuarto de moscas; y si los familiares trataban de alejarlas, decía:

—Dejad en paz esos animalitos, que no tienen más gusto que volar y pararse donde les provoca.

En cambio, no admitía calefacción ninguna en invierno, y si le alegaban su edad y sus achaques, contestaba:

—El santo papa Pío V era más viejo y enfermo que yo, y no dejaba que le encendiesen lumbre.

Su obediencia al sumo pontífice era asombrosa; le pedía permiso para todas sus acciones aun las de menor importancia. Y, sin embargo cuando los papas le pedían su dictamen, se lo daba con una libertad que pasma. Una carta de Belarmino a Clemente VIII recuerda el libro *De Consideratione* de san Bernardo.

Recitaba el oficio divino, con la cabeza descubierta, de rodillas o en pie, y a las horas acostumbradas en los monasterios; de suerte que se levantaba a media noche a tiempo de maitines. Madrugaba dos horas más

que el sol, y las empleaba en la meditación, y jamás omitió una sola de las prácticas acostumbradas en la Compañía de Jesús. Todo momento de descanso estaba destinado a postrarse delante del Santísimo Sacramento, donde permanecía inmóvil, verdaderamente enajenado.

Parecía a algunos teólogos excesiva la caridad y cortesía con que Belarmino trataba a los herejes. Algún doctor le recordó este pasaje de los Proverbios de Salomón: «Respóndele al necio como lo merece su necedad, para que no se crea sabio» (1). Y Belarmino le repuso con otro texto del mismo libro sagrado: «No respondas al necio imitando su necedad, para que no te hagas semejante a él» (2).

No era menos blando y afable como rector de colegio y como catedrático, y en esto se adelantó cuatro siglos a su época. Entonces el rigor era el resorte principal para la formación de la niñez y la juventud y se prodigaban los castigos dolorosos. El cardenal lo escribía a su hermano Tomás, quien había confiado dos de sus hijos a un maestro terriblemente severo:

«Este sistema de castigos excesivos es malísimo. Los niños al decir de san Pablo, se hacen cobardes y pusilánimes y, para evitar los azotes se vuelven embusteros. Los jóvenes deben ser dirigidos por el honor y no por el temor. Fui profesor en los primeros años de mi vida religiosa y jamás le pegué a ningún estudiante. Con la emulación y algunas reprensiones a tiempo, logré que mis alumnos adelantaran más que los de otras clases donde los llevaban por las malas. San Agustín, que también tuvo discípulos, reprocha vivamente en las *Confesiones*, a los pedagogos de su tiempo la tiránica severidad con que trataban a los niños.»

(1) Cap. xxvi, 5.

Ibid. 4

Más incompleto de lo que está, resultaría el presente esbozo, si no dijera que el Beato fue, como lo han sido todos los santos, devotísimo de Nuestra Señora, a quien profesaba filial afecto, en quien tenía una confianza sin límites. Defendió calurosamente la doctrina sobre la Inmaculada Concepción que más tarde definió Pío IX, como dogma de fe católica. Propagó la devoción a san José, y escribió sobre este santo patriarca páginas de fervorosa elocuencia.

En suma, el beato Roberto Belarmino fue un sabio y un santo. ¡Qué más podría desear un religioso, qué más podría ambicionar un sacerdote! (1).

R. M. CARRASQUILLA

LA LITERATURA DEL DIA

(Artículo dedicado a los «Soldados de Cristo» y jóvenes católicos)

Triste es decirlo; más triste aún ver y palpar que el arte literario marca hoy un rebajamiento degenerador capaz por sí solo de aniquilar su noble origen y aristocrática constitución, lo que equivaldría a destruir la misma esencia del arte, toda su natural razón de ser.

Dejando a salvo los nobilísimos esfuerzos de bien contados escritores, prez y honor de las letras, ¿cuáles son los libros que tienen hoy salida en los biblióferos mercados del mundo?

Todas las literaturas occidentales abren las hojas

(1) Se han tenido a la vista, para escribir este imperfecto ensayo, además de las obras del cardenal y de las historias modernas de la Iglesia dos libros. *Le vénérable cardinal Bellarmin, par le P. J.—B. Couderc, S. J.*; *El venerable cardenal Roberto Belarmino, S. J., por el P. E. Raitz v. Frenzt, S. J.* (Edición española de Razón y Fe).